

Apocalypse Now: un barco hacia Kurtz, hacia el horror y la inmoralidad

José Luis García

Publicado en: L'Atalante, julio 2009

«*El horror, el horror*»¹. Kurtz (Marlon Brando) finaliza con estas palabras en *Apocalypse Now Redux* (2001) el proyecto que había iniciado, el proyecto de los últimos años de su vida. Muere el hilo conductor de un viaje que lleva a Willard (Martin Sheen) a explorar lo más bajo de lo humano, si es que pudiéramos calificar como bajo o reprochable algo que puede que nos sea constitutivo. Varios temas podemos abordar si pretendemos aportar un análisis diferente de este filme. Por un lado intentaremos relacionar la obra cinematográfica con la obra literaria que la origina, *El corazón de las tinieblas* (*Heart of Darkness*, 1902); por otro lado intentaremos justificar la atracción que nos provoca el personaje de Kurtz, en relación con la capacidad que tiene para mostrarnos una forma de vida en la que nuestra voluntad² se hace presente con sólo desearlo. Vamos a intentar empatizar con Kurtz, que no compadecerlo. Intentaremos tomar un enfoque cultural relativista para, desde un método antropológico y filosófico, explorar lo que se nos presenta como oculto; participaremos del filme con capacidades de investigación y poniendo a prueba nuestra dosis de aceptación frente a la repulsa moral que provoca inicialmente Kurtz en nosotros (otra cuestión sería otro tipo de atracciones que pueda provocar el personaje, pero creemos que su forma de actuar sería reprochable moralmente en nuestro marco cultural).

Konrad y el Congo

En 1890 un aprendiz de oficial, Konrad Korzeniowski, nacido en Polonia, llegaba por primera vez a África, creyendo en la nobleza de la misión del Rey Leopoldo.

Volvería posteriormente al cargo de un barco, viaje en el que enfermaría. Quedó horrorizado por la crueldad con la que el hombre blanco actuaba en África, lo que le hizo cambiar su concepto de la naturaleza humana. Tras estar seis meses en África, Konrad escribió a su amigo, el crítico Edward Garnett, comentándole que ya no creía en nada (Hochschild, 2006: 140-149).

Varias personas evocarán a Kurtz en la imaginación de Konrad: Georges Antoine Klein, un agente de marfil francés que moriría enfermo en el barco que conducía Konrad, al igual que Kurtz en la obra literaria (en la obra cinematográfica Kurtz muere a manos de Willard). El mayor Edmund Barttelot, que enloquecería, torturaría y asesinaría hasta morir de forma violenta. Arthur Hodister también sería conocido por su harén de mujeres. Por último, no podemos olvidar al capitán Léon Rom, conocido por su colección de veintiuna cabezas africanas.

Tras ocho años de pensar y repensar su experiencia en África, Konrad escribiría *El corazón de las tinieblas*, quizá la novela corta inglesa más leída, que Hannah Arendt (en *Los orígenes del totalitarismo* (*The Origins of Totalitarianism*, 1958) calificaría como el trabajo más iluminador acerca de la experiencia que se tenía de África. Mucho se ha debatido sobre esta obra, sobre ecos de Freud, Jung, Nietzsche y mitos clásicos; sobre la inocencia victoriana, sobre el pecado original, sobre el colonialismo y sobre otros temas asociados a una obra que parece

superar el marco histórico y espacial de la propia trama para mostrar que trata de algo universal. Basta con pensar que de las tres adaptaciones cinematográficas que se han realizado de la obra a lo largo del siglo pasado dos se han situado fuera de África, siendo especialmente relevante la versión de Coppola, situada en Camboya.

Con esto queremos señalar que esta obra, que parece tratar sobre algo que afecta a lo que entendemos por humano, está sustentada por la experiencia y cimentada sobre unos hombres que existieron en realidad y que se comportaron tal y como se recoge en ella. No sólo es la reflexión de un pensador encerrado en su despacho.

En este sentido, y para trabajar a Conrad de forma más profunda, remitimos a la magnífica biografía de Zdzislaw Najder (2007), que aborda en profundidad los textos polacos.

Cuando la civilización es un recuerdo

El viaje relatado nos sobrecoje porque creemos percibir la deshumanización que sufren Willard y Marlow (el personaje de *El corazón de las tinieblas* en el que se basa Willard) mientras van aproximándose a la figura de Kurtz.

La cuestión más inquietante es si esa deshumanización no es en realidad una descivilización. Quizá lo que estamos llamando deshumanización es simplemente el alejamiento de una moral asentada (*vieja moral* la llaman en el filme); quizá es un retorno a lo primitivo en lo humano, a lo más incondicionado, a nuestra esencia: ese es el encanto de Kurtz. Quizá es humano, demasiado humano, esencialmente humano.

¿Primitivamente humano? Podríamos hablar de casos en los que sí que se da una primitivización. Pensemos en el personaje de Lance. Lance es un surfista estadounidense. Es guapo y procura llevar la vida que llevaba en EE.UU., bronceándose cuando puede y haciendo como si no pasara nada. Resulta imposible.

Su falta de tolerancia ante lo que le viene encima va torciéndole hasta hacerle perder la cabeza. Pero la locura de Lance no es la locura de Kurtz. Lance comienza infantilizándose, comportándose como un niño que se cierra ante todo lo que le supera, que en este caso es la guerra.

Tras asesinar por accidente (si se puede expresar así) a los miembros de una barcaza que iba por el río, se hace cargo del perrito que causó el malentendido que provocó el ataque.

Más tarde, pierde al perro en otro enfrentamiento, y desde ese momento él pasa a ser el perro. Ya no vuelve a hablar.

En otra obra puede que hablar no sea importante, pero en ésta el habla y la voz son fundamentales. La seducción que produce Kurtz sobre Willard es a partir de su voz, de la grabación magnetofónica que escucha cuando le ordenan ir en su busca (al igual que en el caso de Marlow, aunque en aquel no existía la posibilidad de reproducción de la voz a distancia y tuvo que esperar a oír la voz de un Kurtz agonizante una vez lo tenía ante él). El hecho de que Lance renuncie a hablar supone su insignificancia en el transcurso de los hechos, unos hechos causados por la palabra que manifiesta la voluntad. Sólo le queda ser un títere en el barco, en la comunidad regentada por Kurtz y en el final, cuando Willard lo recoge y lo lleva al barco como si se tratara de una mascota.

Ese primitivismo no es el que ha padecido Kurtz. Nuestro enigmático personaje ha padecido un primitivismo de ida y vuelta, pero una vuelta afectada por las vivencias anteriores. Kurtz fue un niño, primitivo en algún sentido, cuyas emociones fueron escapando de aquel primitivismo, de su emotividad, para sofisticarse, sofisticación máxima que supone el subir posiciones en el escalafón militar (cuesta imaginar que alguien pueda subir en el escalafón militar si no posee control de sus emociones primarias).

Posteriormente se vuelve a una animalidad pero muy mediada por lo vivido. Pensemos que su animalidad no es la de Lance, ya que el coronel es el último órgano decisorio en el mundo hecho por él mismo, mientras que Lance sólo obedece. Kurtz ha llegado a ser adorado como un dios, un ser justificado por fe, como una revelación religiosa. Y todo ello porque ha hecho para que sea así.

Un detalle nos puede esclarecer su concepto de religión. Uno de los libros que lee es *La rama dorada* (The Golden Bough, 1890), un texto sobre religión pero de carácter fuertemente ilustrado y

superador del fenómeno religioso, al que acaba tachando de superstición. Kurtz aprovecha su cultura para instrumentalizarla y animalizarla.

Sigue creyendo en la cultura, de hecho, sigue leyendo poesía. ¿Podemos, entonces, decir que lo irracional ha vencido a lo racional? Creemos partir de un malentendido al que nos ha llevado cierto «intelectualismo socrático» al que Kant y todo el sistema de moralidad (WILLIAMS, 1984) nos ha arrastrado.

Kurtz, el inmoral

Para Kant el que no actúa moralmente (según su concepto de bien) no es racional, siguiendo el clásico presupuesto socrático de que «nadie comete voluntariamente el mal». De esa manera, el general que ordena matar a Kurtz explica que la tentación de ser dios del coronel se debe a un conflicto que se da en cada corazón humano, entre lo racional y lo irracional, entre el bien y el mal, participando de ese intelectualismo, al menos en el fragmento que indicamos; en el caso de Kurtz el lado oscuro ha vencido al «ángel bueno de nuestra naturaleza». ¿Es, por tanto, Kurtz irracional?

No lo creemos, es consistente en su sistema de creencias, y podemos anticipar cómo se comportará. Bien es cierto que tiene arrebatos de impulsividad, pero si ese comportamiento lo podemos sistematizar lo que veremos es que su disposición a actuaciones motivadas por las emociones es superior. Para él es la verdadera libertad, para nosotros, es la esclavitud a las pasiones. Deberíamos, al contrario que Kurtz, someter nuestras emociones a nuestra racionalidad (por su carácter divino, suponemos).

Retomando el hilo con *Apocalypse Now*, no creemos que Kurtz sea netamente irracional y que obre en ignorancia al actuar. Es cierto que su lamentación o sentimiento de culpa se dará en casos diferentes a los de otros porque participa de un sistema de creencias diferentes y porque su juez interno barema de diferente forma que el de la mayoría. Pero ello no conlleva incapacidad moral.

Más allá, Kurtz se muestra como el conocedor del horror, algo que le coloca en posición de superioridad con el resto, al menos para su conciencia, lo que le justifica a vivir según sus propias reglas. Recordemos la historia que le cuenta a Willard. Al ver los cuerpos desmembrados de los niños en el poblado observó el horror. Kurtz dice: «El horror tiene rostro, el horror y el terror moral han de ser amigos, si no se hacen enemigos». Se centra en el caso del desmembramiento y comenta la admiración que le provocó pensar que existía gente que tenía «voluntad para hacer eso. Eran tropas entrenadas que luchaban con el corazón, habían tenido el valor de hacer eso». Un estremecimiento recorre todo nuestro cuerpo ante esta afirmación, pero Kurtz sabe que eso conlleva juzgar, y según él «Juzgar nos derrota».

Ya lo dice el general que ordena matar a Kurtz al inicio del filme, «*Actúa sin responsabilidad, sin freno*». Nadie lo juzga, puede hacer lo que quiera. De hecho, lo que le rodea en el mundo creado por él se ve incapaz de hablarle o juzgarle. El fotógrafo que está con Kurtz lo señala: «*Al Coronel no se le habla, se le escucha*» y «*No juzgue al Coronel como a un hombre corriente*»⁶. De esta forma, Kurtz parece haber creado un mundo en el que la crítica al superior, a él mismo, ha desaparecido.

Kurtz, la libertad y la democracia

Kurtz, en una secuencia, insinúa a Willard: «*¿Ha pensado alguna vez en verdaderas libertades?*». Kurtz es libre desde el momento en el que hace lo que se le antoja. De esta forma, Willard acaba siendo un títere en manos de Kurtz; mata a Kurtz porque cree que el coronel Kurtz lo desea. No lo mata por obedecer a los mandamases que le dan la misión. A Willard, al igual que a Kurtz, le repugna esa gente («*los peces gordos*») que toma marisco mientras ellos compiten, que dice de matar a alguien y luego no es capaz de mirar a la cara del futuro asesino. Por otro lado, no le parecen legítimas las razones que le ofertan.

Willard opina que no desean matar a Kurtz «*sólo por su locura y sus crímenes*», ya que de eso van sobrados. Willard sabe que la guerra quirúrgica no existe, que estar en Camboya no es por filantropía, al igual que Konrad pudo ver que la ocupación del Congo tampoco era algo honorable.

Lo que se oferta desde EEUU⁷ es falso y la guerra se da tal como vemos en el ataque de los helicópteros de Kilgore (cuyo helicóptero lleva escrito *Death from above*).

Un ataque indiscriminado a una población que responde con técnicas de guerrilla, de tal forma que una niña mete un explosivo en un helicóptero. Ni los unos ni los otros practican la guerra limpia que se nos anuncia en los telediarios.

Ese conocimiento y la aceptación de la suciedad en la guerra aproximan a Willard y a Kurtz (y a Marlow y a Konrad). Cuando los miembros del comando matan a todos los ocupantes de una barcaza a causa de una niña que intenta proteger a su perrito (el perro en el que se transformará Lance), Willard piensa que el intento de salvar a la niña moribunda llevándole al hospital es un intento desesperado de acallar la mala conciencia. Ese maquillaje, que repugna a Willard, se concreta en «*ametrallarlos y ponerles una tirita*».

Otro aspecto que tienen en común es que los personajes están en un voluntario *off* descivilizatorio. Pensemos en *El señor de las moscas* (The Lord of Flies, 1954), de William Golding o en *La costa de los mosquitos* (The Mosquito Coast, 1981), de Paul Theroux. En todos los casos podemos ver cómo los personajes procuran una retirada voluntaria de la civilización — incluso Willard, al principio del film,

cuando está encerrado en su habitación aproximándose al delirio (¿a Kurtz?), dice que fue peor cuando estuvo en su casa estadounidense durante un permiso.

¿Cómo puede decir que está mejor en Saigón que en su hogar? La descivilización evoluciona, en todos los casos, hacia parámetros hobbesianos en los que acaba imperando la ley del más fuerte y dónde los débiles, desprotegidos por la ausencia de leyes, sanciones, tribunales y demás órganos civilizatorios acaban sufriendo de su propia inferioridad. Queda superado, a nuestro parecer, el ideal rousseauiano del hombre feliz en naturaleza. Nada más alejado del pensamiento del ginebrino que el campamento de Kurtz.

Por otro lado, el inicio de la guerra de Vietnam conlleva la presunción de un enfrentamiento democracia vs. dictadura; se supone que los EE.UU. llegan avalados por la fuerza parlamentaria democrática que ha decidido la incursión en suelo vietnamita, pero esa función y la forma de su realización se van erosionando progresivamente. Finalmente parece desaparecer la justificación y las acciones de los soldados muestran el olvido de su noble función, si es que la hubo en alguna ocasión, y acaban en un esperpento de la excelsa y ordenada vida militar que se vende desde EE.UU. (parecido a lo que observó Konrad cuando observó la barbarie del hombre blanco en el Congo).

Cuanto más se adentra Willard en el río más aparece la locura de los que quedan fuera de todo comportamiento civilizatorio. Se muestra en mayor medida el olvido de lo que podría justificar sus acciones, se echa en falta un colectivo que evalúe los comportamientos desde un sistema moral consensuado dentro de parámetros civilizatorios. Recordemos las relaciones con las *playmates*, a cambio de dos bidones de gasoil. Pocas veces unas escenas de sexo han sido tan repugnantes. Ya, a ese nivel del río, no se sabe quién tiene el mando. Más arriba, en el puente *Do Lung* el desastre y la locura son extremos.

Es interesante enfrentar esa democracia subvertida justificada desde otro lugar del mundo que se proclama como verdadera democracia y que avala un crimen de guerra como se supone es asesinar a un oficial de alto rango disidente— con la forma de pensar de Kurtz:

¿Quién de los dos sería el lobo? Willard padece esa paradoja y por ello ir a matar a Kurtz por asesino le descoloca: ¿a cuántos ha matado el propio Willard? Pero lo que no acaban de comprender los jefes es que matar a un oficial americano no es lo mismo que asesinar al enemigo.

¿Estamos ante personas amorales o inmorales? Creemos que podemos intentar responder esta pregunta, que es la base de nuestra inicial repulsa, al percibir como no moral a Kurtz desde el momento en el que realiza acciones reprochables.

Las normas de Kurtz

No debemos de confundir al amoral con el que tiene una moral diferente a la nuestra (WILLIAMS, 1972). Pensemos en Kurtz, que trata de forma despótica a la gente con la que se relaciona. Es cierto que resulta cruel, incómodo para aquél que espera ciertos comportamientos acordes a una moral continuista con lo que se da en el «sistema de la moralidad», considerado como el tipo peculiar de la creencia ética mayoritario: el sistema de evaluación moral que practicamos la mayoría en nuestro enclave cultural (WILLIAMS, 1985).

Aunque cuesta justificar ese sistema como el único y necesario, sí que lo practicamos y evaluamos a los que no están en ese sistema de la moralidad como personas amoraless, al menos en la práctica cotidiana. De hecho, el no sentirse parte de ese sistema ético que aplica la mayoría no supone dejar de ser evaluado por él. Es por ello por lo que personas que no comparten ese sistema, por verlo opresor o demasiado liberal, siguen siendo evaluados por él. Todos estos puntos han sido desarrollados por uno de los pensadores de habla inglesa más tratados en los últimos años y que se ha referido a los temas de nuestras motivaciones para realizar acciones y reprochar, Bernard Williams (1929-2003). De esa forma, y continuando con la interpretación de Williams, nos creemos justificados para evaluar a Kurtz, para reprocharle sus acciones, para decirle que no es moral, para proclamar que no tiene valores (uno de los argumentos conservadores más profesados, olvidando que suponer que los únicos valores son los de uno mismo es dogmático y anula la posibilidad de comprensión de otros).

Kurtz no es que no tenga moral, sino que posee una moral peculiar. De Kurtz tenemos la posibilidad de adelantarnos a su comportamiento y eso le hace partícipe de un sistema (más o menos cerrado) de creencias que motivan su acción. Sabemos que, en caso de conflicto o dilema moral, Kurtz siempre decidiría lo mejor para hacer presente su voluntad. De esta forma, llegamos a una de las claves del hombre moral: su coherencia, que en su forma de comportarse sea reconocible. Kurtz es coherente en cómo se comporta, por lo que podríamos decir que es moral según su creencias, otra cuestión sería que esas creencias puedan ser justificadas desde nuestra perspectiva ética como deseables. El problema nos llega ante el amoral, que es el que se comporta en ocasiones filántropo, en ocasiones cruel, sin poder extraer una pauta que nos indique la motivación de su actuación. Y ello porque nos desorienta, nos deja sin expectativas, parece que no hay razones para que me salude o no me salude, se muestre cortés o no; llevado al extremo, para que me mienta o no, para que me mate o nos.

La enfermedad de Kurtz

La cuestión a la que queríamos llegar es la pose antinatural del hombre amoral (ya que incluso Kurtz, que nos parecía amoral, desde el momento en el que tiene un sistema ético particular parece que debería ser llamado inmoral, en cuanto que profesa un sistema de creencias que es antitético al practicado por nosotros). No tenemos, a nuestro parecer, alguna presunción objetiva de la vida no ética, de que el escepticismo ético es un estado natural y que la persona de la que estamos tratando, el hombre amoral, sea lo que todos quisiéramos ser de no haber justificación para la vida ética y de haber descubierto que en realidad no la hay. El hombre amoral, en cuanto incoherente de forma consciente (la única forma posible dentro de una relativa salud mental), ha de pensar mucho cómo comportarse.

Para el resto de casos nuestro colectivo ha sabido cómo corresponder los casos de personas que no se comportan habitualmente de forma deseable: los tratamos como enfermos mentales, una de las figuras más aterradoras para el colectivo civilizado y urbano (normalmente, en el ámbito rural, los enfermos mentales están más relacionados —para bien o para mal— que en el ámbito urbano, en el que se les suele condenar al aislamiento, a la soledad y a la incomprensión. Esta visión del enfermo mental acaba justificando, cuando no potenciando, el trato que se le ofrece).

Lo que llamamos Trastorno Antisocial de Personalidad suele darse en *status* socioeconómico y ambiente urbano (civilización), origen de Kurtz. Es mucho más frecuente en los varones que en las mujeres. El psicópata se define como la persona a la que su dificultad de temperamento lleva a complicar el proceso de socialización. Dicha dificultad parece tener una base biológica. Por otro lado, el sociópata es la persona cuyo carácter antisocial se debe atribuir al fracaso de los padres al instaurar hábitos de conducta prosocial y no a una disposición temperamental inherente de base biológica. Éstos, los sociópatas, que son tan peligrosos como los psicópatas, aumentan su número año tras año en la cultura occidental, especialmente en las grandes ciudades. Puede que este sea uno de los mensajes con los que debemos de quedarnos en *Apocalypse Now*.

Las personalidades antisociales son caracterizadas no por los actos particulares que pueden realizar, sino por la concepción tan arraigada que tienen de la vida. Juegan un juego en el que los demás individuos existen como piezas que se pueden manejar a su antojo, lo que les lleva en muchas ocasiones a tener problemas con la ley (en algún sentido como Kurtz). En un aspecto más negativo, los individuos pueden ser crueles, sádicos o violentos. Casi nunca demuestran ansiedad ni se sienten culpables. No se consideran a sí mismos el origen de sus problemas, sino a las fallas de las otras personas. Son

o enfermos estructurales o enfermos sobrevenidos (Kurtz).

El hombre amoral y su justificación

Tampoco definimos como amorales las personas que, desde dentro del mundo ético, se cuestionan si se puede acceder a ese mundo y cómo acceder. En ese caso, nosotros, en cuanto a través de este escrito estamos cuestionando parte del mundo ético, aunque sea en última instancia para justificarlo, estaríamos actuando fuera de él. Y no parece que sea el caso. El amoral considerará que los ciudadanos más morales serían amorales si pudieran hacerlo impunemente, si no tuvieran tanto miedo (a esa autoridad superior), o si no estuvieran pasivamente condicionados por la sociedad.

Es la idea, según Williams (1972), de que tienen miedo a lo que da alas a la estimación de su propio coraje. Pero estas presuposiciones son absurdas. Si lo que quiere decir es que, si como individuo uno estuviera seguro de poderlo hacer impunemente uno rompería con toda regla moral —la idea que subyace en la invisibilidad del anillo de Gíges (PLATÓN, 2000: 358e). Esto es falso en el caso de muchos agentes.

Las reglas y los conceptos morales básicos quedan fuertemente interiorizados en el proceso de socialización, y a partir de cierto punto no desaparecen porque deje de estar la policía o el prójimo. Y esto es ingrediente constitutivo de las reglas morales, por oposición a los requerimientos meramente legales o los asuntos de convención social. Los efectos de la educación moral pueden hacer que la gente quiera actuar, con mucha frecuencia, de forma no autointeresada y, por lo menos, muchas veces logran hacer muy difícil, por razones de justificación en el plano interno, el comportamiento detestable.

Pero todos estos argumentos parecen no funcionar para una persona, en el caso de que siguiera siéndolo, como Kurtz. Kurtz ha conseguido librarse de esas reglas morales que hemos interiorizado hasta el punto de no poder escapar de ellas, hasta el punto de estar sometidos de forma inmediata. La postura que defendemos es, desde cierta empatía con el personaje de Kurtz, intentar comprender si nuestra atracción hacia Kurtz se debe a que representa una parte oscura que tenemos todos y que es acallada por los convencionalismos que hemos interiorizado. Esta parte rebelde nos hace estar resentidos frente a un sistema de moralidad utilizado por todos y que no satisface todas nuestras intuiciones pero que, cuando lo sobrepasamos, nos hace sentir culpables. Kurtz ha conseguido ser libre y escapar de ese sistema, de sus emociones y sus reproches.

¿Ha sido el coste de esa libertad demasiado alto? En el presente texto sólo se han dado posibles líneas de trabajo al respecto.

Bibliografía

- WILLIAMS, Bernard. 1972. *Morality: An Introduction to Ethics*. Harper & Row. New York.
- WILLIAMS, Bernard. 1985. *Ethics and the limits of the philosophy*. Fontana Books. London.
- WOLLHEIM, Richard. 2006. *Sobre las emociones*. Antonio Machado Libros. Madrid.
- PLATÓN. *República*. Editorial Gredos. 2000.
- HOCHSCHILD, Adam. 2006. *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror and Heroism in the Congo*. Papermac. London.
- NAJDER, Zdzislaw. 2007. *Joseph Conrad: A Life*. Camden House. Rochester.
- FRAZER, James. 2006. *La rama dorada*. FCE. México.

Notas

1 Podrían aceptarse varias interpretaciones de esta obra: a) Hace un juicio moral sobre sus acciones. Toma conciencia moral; b) Condena sus acciones, aunque reconociendo sus acciones; c) Es un juicio sobre la naturaleza humana; d) Es un juicio sobre toda la existencia.

2 Voluntad en este contexto ha de entenderse próxima a la concepción nietzscheana. Tomar voluntad en un sentido kantiano supondría aceptar la voluntad como un impulso racionalizado (en mayor o menor medida, según interpretaciones), que haría corregir nuestras pulsiones más bajas. En este caso tomaremos la voluntad como un impulso primario que pretende manifestarse modificando la realidad (entendido como estado de cosas) a su antojo y capricho. Creemos que este sentido puede ajustarse a Kurtz. Más sobre este tema en SANTOLARIA, M. "Enfrentados al horror. La influencia del espíritu libre nietzscheano en *Apocalypse*

Now, de Francis Ford Coppola", en ARENAS-DOLZ, F. (ed). 2007. *Nietzsche y la hermenéutica*. Nau Llibres. Valencia. Pp.665 y ss.

3 Se rebaja el órgano primordial de interacción con la realidad desde la modernidad, la vista, tal como hace Nietzsche cuando trata del olfato. Para este autor, y en contra de nuestra intuición actual, debemos de fiarnos más del olor percibido que de la imagen que vemos. La atracción que Willard siente hacia Kurtz por su voz parece que no es modificado por la posterior imagen que tiene del coronel una vez que lo tiene ante sus ojos.

4 El general que ordena la misión a Willard le dice: «*En esta guerra las cosas se confunden entre sí, [vieja moralidad, el arte de la guerra...] [...] y entre los nativos debe ser una tentación ser Dios*». ¿Es una manera de comprender a Kurtz?

5 Más sobre la forma de enjuiciarnos, el llamado por algunos *agente interno* en (WOLLHEIM, 2006: 281).

6 Aquí Coppola utiliza literalmente las expresiones del ruso en la obra de Conrad.

7 Recordemos que al llegar al poblado que ataca la Primera del Noveno de Caballería, las tropas de Kilgore (quizá un juego con Killgore), unos documentalistas están tomando la conquista de esa población y dicen a los soldados: «*Sigan, no paren, es para la tele; compórtense como en combate*». Más tarde, cuando Kurtz permite salir a Willard de su reclusión le hace entrega de varios artículos de *Times*, en los que se cuenta cómo va ganándose la guerra (recordemos todos los recortes de prensa de la última invasión de Irak).

8 Pensemos en la necesidad de tener un sistema moral al que apelar siempre y que nos pueda tranquilizar y justificar cualquier acción, aunque la justifique desde la creencia de que esa acción, al ser inadecuada, será castigada con posterioridad. Cuando vemos un verdugo matando a alguien tendemos a hipostasiar la creencia de que la violencia tiene una lógica interna y que no es injustificada. Se plasma esta forma de pensar en la expresión de *algo habrá hecho*; de esta forma la acción violenta que estamos presenciando se llena de racionalidad, y nos tranquiliza. No es aleatoria, no me puede ocurrir a mí. La película *Funny Games* (Michael Haneke, 1997) nos puede ayudar a hacernos una idea de nuestra propia vulnerabilidad.